

Liderazgo, Educación Jesuita y Justicia Social en el Siglo XXI

VIII Congreso Mundial de Antiguos Alumnos Jesuitas
(Medellin - agosto de 2013)

Chris Lowney¹

Mi tema: Convirtámonos en lo que nuestra red Jesuita está en capacidad de convertirse. Resistamos de buena manera los fracasos hasta que hayamos cumplido con la tarea, así como los Jesuitas que nos precedieron también soportaron el fracaso.

Se supone que debo hablar sobre liderazgo, educación Jesuita y justicia social en el Siglo XXI, y les prometo que lo haré. Pero suena a que es un tema tan complicado que espero que no les importe si cuento tres historias; una es sobre el potencial de la red de la que hacemos parte: la red jesuita; la segunda historia es el fin último de nuestra red; la tercera historia es cómo podemos poner a nuestra red en acción.

Entonces, la primera historia es sobre navegación celestial en Siglo XVII. Todos sabemos cómo navegar. Escribimos nuestra dirección de destino en Google Maps y el dispositivo de GPS nos dice: "Gire a la derecha en 500 metros" o "Gire a la izquierda en 500 metros." Pero créanlo o no, Cristóbal Colón no tenía Google Maps. Los navegadores podían usualmente decirte que tan al norte o al sur estabas (su latitud) pero por siglos no tenían una buena forma de determinar qué tan al este u oeste estaban (su longitud). Cualquiera que haya estado en un bote y ya no haya podido ser capaz de ver la costa, se puede imaginar qué tan atemorizante pudo resultar simplemente flotar sin un radio, sin manera de comunicarse, y sin saber justamente dónde se estaba.

¹ Traducción al español: Juan Manuel Montoya Vélez

Tragedias terribles ocurrieron. Una vez, una flota de barcos británicos estaba de camino a casa luego de un largo, largo viaje, y mientras se acercaban a Bretaña, se debieron haber relajado. Pero se tornó tormentoso y de repente no podían ver para dónde iban, y como no conocían su longitud, comenzaron a divagar en los canales británicos y más de mil marineros que pensaron que verían a sus familias en horas, todos se ahogaron.

Muchos Jesuitas también se perdieron en el mar, como ustedes saben. A veces debido a que sus pequeños barcos (hechos de madera, no más grandes que un vagón de tren) se quebraban en pedazos en terribles tormentas; en algunos años, tanto como un cuarto de los barcos que dejaban Portugal o España jamás llegaron a su destino; algunas veces eran atacados: En 1570 un barco pirata interceptó a un barco lleno de Jesuitas que iba para Brasil; masacrando a 40 de ellos, algunos decapitados; otros simplemente lanzados al agua.

Pero en ocasiones, simplemente porque no podían navegar, ellos perdían sus vidas. En 1555, tres Jesuitas naufragaron en una isla desierta en camino al Lejano Oriente, y finalmente murieron de hambre allí. Bueno, sin importar el peligro, estos valientes hombres siguieron viniendo, al este hacia Asia y al oeste a Suramérica, y al sur hacia África. Conocemos a algunos de ellos bien: los padres Javier, Claver, Ricci y Anchieta.

Pero a muchos de ellos no los conocemos, debido a que no lo lograron; si juzgamos sus resultados de una manera mundana, fallaron. Arriesgaron sus vidas para iniciar los ministerios y parroquias que finalmente se convirtieron en los colegios a los que tantos de nosotros asistimos. Estoy seguro de que estos Jesuitas, ahora en el Cielo, están orgullosos de nosotros y consideran que el sacrificio valió la pena. Podemos estar agradecidos por su generosidad, heroísmo y valentía. Y de pronto podemos también imaginarnos que estos hombres que jamás lo lograron, de algún modo nos están invitando, cada uno a su

manera, a llevar la tarea que ellos no pudieron completar, realizando nuestras propias buenas obras en nuestras familias, iglesias y comunidades.

Pero déjenme retornar a mi historia sobre navegación, porque ésta podría estirar las fronteras de su creatividad mientras tratamos de imaginarnos en lo que se puede llegar a convertir nuestra red Jesuita. Científicos trataron por mucho tiempo de resolver el problema de medir la longitud con el fin de reducir el número de muertes en el mar. Galileo tenía la idea de que los marineros podrían determinar la longitud al tomar observaciones de los eclipses de las diversas lunas de Júpiter. Galileo era listo, pero increíblemente impráctico: ¿Cómo diablos iba a poder algún marinero con un telescopio del Siglo XVI lograr pararse en un barco que se mecía incluso poder ver a Júpiter?... mucho menos hacer cálculos acertados sobre sus lunas.

Luego, algunos años después de Galileo, un Jesuita tuvo una mejor idea para resolver el problema. Atanasio Kircher, un Jesuita alemán que enseñaba en Roma a mediados de 1600 y ha sido llamado “El último hombre que lo sabía todo”, sabía que a medida que usted va más al este u oeste del polo norte, la aguja de la brújula apunta un poquitín distante del verdadero polo. Y Kircher además sabía que los misioneros Jesuitas estaban trabajando en todo el mundo conocido por los europeos en esa época. En efecto, ninguna organización mundial tenía una red de gente en tantos lugares, y él pensó que si podía lograr que cada uno de ellos midiera qué tan lejos estaba su aguja del verdadero norte en todos estos lugares, él podría preparar una simple cartilla, y cualquier marinero podría determinar su longitud al realizar unos cuantos cálculos simples de qué tan lejos estaba su propia aguja de brújula del verdadero norte y luego comparando esto con las lecturas en la cartilla propuesta por el padre Kircher. Piensen cuántas vidas se hubiesen salvado gracias al ingenio, colaboración, inteligencia y arduo trabajo de la red Jesuita.

Así que él les escribió a los Jesuitas alrededor del mundo, y comenzaron a escribirle de vuelta con sus lecturas. Pero al final, no pudieron del todo lograrlo; en términos terrenales, ellos fallaron. Ellos hubiesen necesitado unos cuantos puntos más con brújulas y mejores brújulas. De hecho, otro siglo completo pasaría antes de que el cronómetro de John Harrison comenzara a solucionar el problema. Pero por poco lo logran. Trataron de hacer algo que sólo los Jesuitas podían hacer.

¡Qué gran liderazgo! Pensemos en algunos de los valores que todos estos hombres mostraron:

Eran increíblemente talentosos y listos; pero ellos trataron de usar sus talentos e inteligencia, no para servirse a sí mismos y volverse ricos y famosos, sino para, poniéndolo en términos Jesuíticos, “amar y servir”, en servicio a los demás.

Eran innovadores: Trataron de lograr algo que nadie más había pensado o intentado.

Eran humildes: Ellos se dieron cuenta de que si lo lograban, ninguno de ellos sería el héroe. El héroe sería esta cartilla de mil puntos de brújula tomados por mil jesuitas diferentes y cada uno estaba dispuesto a participar en una causa mayor a sí mismo, o para ponerlo en palabras de jesuitas, “hacer algo, no por su propia gloria, sino a la mayor gloria de Dios”.

Sacaron provecho de su red: Entendieron que debido a que formaban parte de esta red mundial, podían lograr algo que nadie más en el mundo podía.

Pues bien, hoy los Jesuitas mismos están distribuidos por todo el mundo, en más de cien países. Pero los Jesuitas a duras penas dominan el conocimiento y el aprendizaje como alguna vez lo hicieron. En muchas partes del mundo sus números se están encogiendo.

Pero, ¿qué tal si todos comenzamos a pensar sobre esta red en una forma totalmente distinta?, no sólo los Jesuitas en una red o los Ex alumnos de mi colegio en otra y la Unión Mundial como su propia red; sino, por el contrario, entendamos que todos nosotros, y un millón más, somos de algún modo parte de una red mucho más amplia a la que podríamos llamar “Proyecto o misión Jesuita”. Seguramente no hay red en el mundo con la profundidad o diversidad de aquella de la que ya hacemos parte: Somos directores espirituales, banqueros, abogados, contadores, madres y padres, trabajadores de fábricas, directivos de empresas, sacerdotes, obispos... hasta un Papa. Imagínense si algún día pudiéramos captar realmente el potencial de esta red para hacer el bien en el mundo. ¿Cuánta gente hay en esta red jesuita hoy en día?

Nadie sabe. Nadie si quiera ha intentado contar.

Solo piensen en el millón de graduados de colegios y universidades Jesuitas, todas las facultades, los estudiantes de las escuelas de “Fe y Alegría”, aquellos que se congregan en parroquias Jesuitas o que realizan retiros inspirados por los Jesuitas; todos juntos, parte de una fuerte red de millones.

De ninguna manera minimizo a los Jesuitas en esta red. De ninguna manera. Yo desearía que hubiesen más jesuitas y me gustaría que se ustedes se unieran a mí orando por más vocaciones para los Jesuitas.

Yo no sé por qué no hay más Jesuitas. Habría que preguntarle al Espíritu Santo. Pero al menos por el momento, aquellos en esta habitación y en cientos de lugares alrededor del mundo, son el equipo que el Espíritu Santo ha puesto en el campo de juego. Algunos de nosotros somos Jesuitas, otros no; algunos somos católicos y algunos no lo somos. Pero somos los que estamos aquí, y por lo tanto somos los que estamos de algún modo llamados o invitados a ejercer algunos de los valores de liderazgo que presenté.

Mi primera historia, la de Kircher, nos recuerda que tenemos una red increíble; nadie puede igualarla. Mi segunda historia nos recuerda para qué propósito u objetivo debemos utilizar nuestra red.

Esta historia no es sobre un Jesuita como Kircher en los 1600, pero es sobre un muchacho en los 70s que asistía a un colegio jesuita en Manhattan. Yo tomaba el tren a la secundaria Regis todos los días, al igual que la mayoría de cientos de estudiantes en mi clase. Casi todos nosotros, al graduarnos de Regis, fuimos a la universidad. Muchos de nosotros, incluyéndome, fuimos los primeros en nuestras familias en asistir a la universidad. Y muchos de nosotros nos volvimos muy exitosos tiempo después, como abogados, banqueros y gente de negocios; estamos agradecidos con Regis por prepararnos para triunfar en la vida.

Pero una mañana mientras estaba en la secundaria, yo recibí una lección sobre el verdadero significado del éxito. El rector del colegio nos había invitado a ser voluntarios colaborando durante dos o tres días con la limpieza de unas viejas oficinas y áticos en la escuela que habían sido descuidados por muchos años. Yo estaba limpiando un escritorio en desuso y me encontré un folleto de 1964 que conmemoraba el aniversario 50 de mi colegio jesuita.

Dejé de tirar papeles viejos a la basura, me senté y comencé a dar vuelta a las páginas y a mirar fotografías. Miraba estas fotos y comprendí que un mundo viejo había pasado a la historia y que yo era parte de un mundo nuevo. Pero yo probablemente me imaginé que ese cambio pararía de algún modo con mi generación: jamás me imaginé que en el año 2000 los adolescentes estarían mirando mi foto y pensando exactamente lo mismo.

Luego comencé a leer algunas de las palabras. Un Jesuita había predicado en la misa del aniversario 50 de mi colegio. Él usó como su símbolo el búho, el cual es la mascota de nuestra escuela. El búho, por supuesto, es el símbolo clásico de la sabiduría, y el sacerdote imaginó que si todos los graduados de nuestro colegio

estaban parados en frente del Búho de Regis, que éste estaba haciendo inventario de sus vidas. Y mientras escuchamos estas palabras, imaginémonos a todos nosotros en esta habitación, y a lo mejor a todos los tres millones de graduados de colegios Jesuitas, parados juntos mientras el Sabio Búho nos inspecciona y a nuestras vidas:

¿Qué impresionaría al Búho si nos reuniéramos bajo su ala en el patio central?; ¿Nuestras calificaciones, nuestros reportes de pago de impuestos, nuestras tarjetas de crédito, nuestras membrecías de clubes? Ciertamente guiñaría muchas veces al ver esta vasta ostentación de éxito material, pero, como búho curioso que es, ¿no está en su derecho de preguntar: *“¿Cómo estás utilizando los dones que Dios te dio?; usaste casi todos de ellos bien acá en Regis. ¿Todavía te acuerdas hacia dónde estás yendo?... ¿Son acaso las personas mejores debido a su peregrinaje por la vida?, ¿Está el mundo mejor porque tú fuiste a Regis?, ¿Tu luz guía a nuestra gente a la gloria??”*.

Aunque sólo tenía 15 años, supe que esas palabras eran de alguna manera muy importantes. Y si bien las fotografías en el folleto eran de un tiempo anticuado que había pasado a la historia, yo sabía que esas palabras eran perdurables y duraderas. Así que conservé el libro y cada tantos años lo leo.

A todos ustedes les es familiar el mensaje del Búho. La mayoría de ustedes los escucharon en una manera diferente, por ejemplo, nos dijeron que uno de los objetivos de la educación Jesuita era formar: “Hombres y mujeres por los demás”.

Después de que estudié mi bachillerato en Regis, fui seminarista jesuita por unos cuantos años. Así que realicé el retiro silencioso de treinta días: los Ejercicios Espirituales de San Ignacio. Uno de los Ejercicios me pedía que: *“Imaginara a Cristo, Nuestro Señor suspendido en una cruz frente a ti, y conversa con Él... y mientras estás mirando a la Cruz, Ignacio dice: “reflexiona sobre ti mismo y pregúntate: “¿Qué he hecho por Cristo?, ¿Qué estoy haciendo por Cristo?”. Yo se*

que nosotros aquí no sólo representamos la tradición cristiana pero también otras tradiciones humanísticas y religiosas; pero cada gran tradición humana enfatiza en que no estamos aquí para servir a nosotros mismos sino a los demás; así que invito a mis hermanos y hermanas de otras tradiciones a que pongan en sus propias palabras las ideas aquí expuestas.

Unos años atrás el padre Kolvenbach, el predecesor del padre Nicolás, lo ponía de esta manera en una charla que dio en una universidad jesuita: *“La verdadera medida de nuestros colegios está en lo que nuestros alumnos se convierten.”*

Bueno, yo nos pregunto: ¿En quién se están convirtiendo nuestros alumnos?, ¿Qué tan exitosas están siendo nuestras escuelas en formar estos hombres y mujeres para otros?

La verdad es, y por favor perdónenme que se los diga, que la mayoría de colegios jesuitas no tienen una comprensión sistemática de en quién se están convirtiendo sus estudiantes. Sí, por supuesto, si les preguntamos, los directivos de nuestros colegios serán capaces de contarnos historias alentadoras y verdaderas sobre graduados que son buenos padres de familia y sobre graduados que están ayudando a personas desventajadas en uno u otro proyecto. ¿ Pero eso es el 5% de nuestros graduados, el 20%?, el 90%? No sabemos. Déjenme hacer esta comparación: en los Estados Unidos mi colegio y universidad jesuita saben exactamente cual porcentaje de los graduados en la promoción de 1985, por ejemplo, les donó dinero este año; yo no estoy seguro de ningún colegio Jesuita que sepa el porcentaje de graduados de 1985 que son hombres y mujeres para los otros. Muchos de ustedes me dirán lo difícil que sería medir tal cosa, y yo estoy totalmente de acuerdo, pero también diría esto: ¿Si nosotros por lo menos no nos hacemos responsables de nuestras más altas aspiraciones, cómo podemos determinar qué tan exitosos somos?, ¿Cómo podemos dirigir un negocio si no sabemos si somos exitosos?

En efecto, de pronto sería interesante enviarles una carta a los ex alumnos del colegio diciendo que estamos tratando de determinar cuántos de nosotros somos hombre y mujeres para otros, y preguntarles a los ex alumnos qué creen que significa, a los 40 o 50, cuando uno es un padre de familia y trabaja en una compañía, ser un hombre o mujer para otros. De hecho, yo estoy casi a la mitad de mis comentarios, así que tal vez sería interesante (y quizás incómodo) si paro por dos minutos y los invito a tener esta discusión con una o dos personas sentadas cerca: ¿Qué significa tener 45 años y ser un hombre de otros? Como esposo, como padre, como alguien en una comunidad, como alguien en el trabajo ¿Cuáles deben ser las expectativas sobre nosotros?

Creemos que estamos viviendo en un tiempo de intenso y hasta volátil cambio. En efecto lo estamos. Bueno, la primera generación de Jesuitas también se enfrentó al increíble cambio. Sólo piensen, por ejemplo, durante las vidas de los padres Ignacio y Francisco Javier, el globo aumentó su escala en más de tres veces; los europeos encontraron culturas, lenguas y tradiciones completamente nuevas; la primera revolución de medios masivos de la historia se estaba poniendo en marcha al proliferar las imprentas. Y los reformistas protestantes estaban usando esta nueva tecnología mediática para confrontar a la iglesia católica con su desafío más profundo en un milenio. Aunque mucho estaba cambiando durante la vida de Ignacio, algunas cosas no estaban cambiando para nada: la abrumadora mayoría de las personas en el mundo eran pobres y no tenían en absoluto acceso a educación secundaria; menos del 1% de la población tuvo la gran bendición que todos en esta sala tuvimos: una educación superior.

¿Cómo reaccionaron nuestros predecesores? Mientras describo las iniciativas de liderazgo de su generación, espero que comprendan que también estoy hablando de nuestra generación por analogía. Las generaciones fundadoras de jesuitas fueron pioneras de un modelo completamente nuevo de escolarización, haciendo a la educación asequible en un nivel de calidad y con un acceso más amplio nunca antes disponible. Ellos entendieron que ninguna escuela o país podía, por

sí solo, generar cada una de las mejores prácticas; así que libremente intercambiaron cartas con sus mejores prácticas e ideas curriculares por todo el mundo jesuita; finalmente codificaron las mejores prácticas de todas en un Ratio Studiorum, para que cada nuevo colegio tuviese que reinventar la rueda.

Ellos compartieron recursos: personal y recursos financieros que eran más abundantes en algunos países eran transferidos libremente a economías emergentes para ayudar a impulsar misiones jesuitas. Usaron nuevas tecnologías mediáticas: mientras que la oficina del Vaticano se preocupaba por vetar libros, los Jesuitas se preocupaban por utilizar los medios para aportarle sus ideas al discurso público y a apoyar a la iglesia católica durante una era difícil.

Ellos viajaban a fronteras, entre los primeros europeos en acoger nuevas culturas y aprender nuevas lenguas. Nota: todos los mismos valores que salían a flote en el proyecto del padre Kircher: la voluntad de osar e innovar; de trabajar por el bien del equipo; poner el magis, la causa, por delante del ego de sí mismo.

Mis hermanos y hermanas, nuestra generación está enfrentada con nuestra propia versión de cada uno de estos desafíos y ahora es el momento de ser similarmente ilustrados, pioneros e innovadores. Cuando WUJA se reúna cinco a cinco siglos de hoy, para la reunión trienal de 2512, ¿Qué dirán de nuestra generación?

Déjenme comenzar con el escenario de pesadilla: Aquí está lo que estoy seguro que no dirán: *“La cultura del siglo XXI valoraba el dinero y el éxito personal por encima de todo, y los graduados de colegios Jesuitas eran en poco diferentes del común de la cultura. Casi todos los graduados de colegios Jesuitas utilizaron sus dones para alcanzar éxito financiero personal para sí mismos, pero solo un poco además utilizó sus talentos para beneficiar a los pobres, marginados o desatendidos del mundo. Y a pesar de que WUJA y los colegios jesuitas alrededor del mundo habían heredado una red global absolutamente inigualable, al menos en el papel, jamás descifraron cómo usar esa red en la práctica.”*

Pero estoy confiado en que ellos dirán otras cosas muy diferentes sobre nosotros, cosas como ésta: *“Fueron los dignos sucesores de la primera generación de Jesuitas. Ellos eran imaginativos e innovadores y pusieron sus talentos a un increíblemente buen uso. Sus graduados formaron una increíblemente poderosa red. Por primera vez en la historia, la primera vez en cinco siglos, la red jesuita comenzó a comprender y a alcanzar su verdadero potencial.”*

¿Cómo comenzamos a materializar esta visión? Ahora quiero contar una tercera historia:

La primera historia, la de Kircher, era sobre el vasto potencial de la red; la segunda, sobre mí mismo, era sobre el propósito, el fin, eso es: el magis. La tercera historia, sobre un Papa, es sobre cómo uno empieza a enfrentar un reto difícil, como activar la red jesuita más completamente.

¿Cómo comienza uno? Uno hace algo, casi cualquier cosa. Encuentre alguna necesidad y ayude a solucionarla. En cualquier lado; en su propio colegio, en su propia ciudad, en su propio grupo de ex alumnos.

Esa es la estrategia que aprendí del Papa. Algunos de ustedes saben que escribí un libro sobre el estilo de liderazgo de el Papa Francisco, que saldrá en inglés en cerca de un mes. Y tuve el privilegio de comunicarme con algunos de sus ex seminaristas en Argentina, y una de las impresiones que me llevé fue el enfoque proactivo del padre Bergoglio y voluntad de experimentar. Uno de ellos me dijo que Bergoglio solía decir: *“Hay muchas cosas que necesitan hacerse; no somos Jesuitas para sentarnos a limarnos las uñas...”* Otro me contó que mientras el padre Bergoglio era Rector del seminario jesuita, el Colegio Máximo, se le pidió que a su vez asumiera una nueva parroquia en un distrito muy pobre, y le pidió a algunos seminaristas que le ayudaran.

Ellos esbozaron un pequeño mapa del distrito en un pedazo de papel y lo dividieron en zonas, y a cada seminarista se le adjudicó una zona. ¿Para hacer qué? Ir allá; conocer gente: *“Meternos en el barro y caminarlo... no peinar ovejas, sino salir al encuentro de todas ellas... visitar a los más pobres y atender sus necesidades.”*; en otras palabras, no desnatar la leche (como decimos en inglés). Cuando llegaban a casa, el padre Bergoglio acostumbraba mirarles los zapatos. Si tenían los zapatos empolvados, él sabía que habían estado haciendo algo; si tenían zapatos limpios sabía que no lo habían hecho.

Ellos elaboraban el plan a medida que avanzaban. Descubrieron, por ejemplo, que había muchas familias hambrientas allí, y el padre Gauffin recuerda la mentalidad de Bergoglio: *“No podemos quedarnos de brazos cruzados ante el hambre de la gente mientras que nosotros no nos falta nada”*. Así que compraron una olla grande, la pusieron en un campo y comenzaron a hacer algo.

Para hablar en el lenguaje del Siglo XXI, el padre Bergoglio estaba enseñando a su comunidad a hacer lo que nuestra red jesuita ha hecho bien siempre: encontramos una necesidad, y creamos una “app” para ésta.

Pero incluso mientras ayudamos a la gente; ellos nos ayudan a nosotros: Bergoglio solía decirles: *“Cuando vayan a donde la gente, escuchen, porque ustedes van a aprender de ellos sobre la vida antes de que ustedes les entreguen.”*

Mientras tratamos de avivar nuestra red para el Siglo XXI, mejoremos nuestras apps actuales y seamos imaginativos para crear nuevas apps.

Yo no creo que sólo Marck Zuckerberg de FaceBook o Sergey Brin en Google sean considerados los expertos en crear apps. Pero en efecto, la red de Jesuitas ha sido más experta en crear apps.

Nuestro padre espiritual, San Ignacio vio que la gente necesitaba ayuda para ser capaz de tomar decisiones importantes en la vida, así que creó el app a que la llamó los Ejercicios Espirituales. Aún sigue en uso después de 500 años: esperemos a ver si Facebook sigue aquí después de 500 años.

Y la primera generación de Jesuitas también comprendió que el mundo se beneficiaría de un sistema de educación secundaria mucho más riguroso, ordenado, y ampliamente disponible; así que se inventaron la app que hoy conocemos como “Secundaria” o Colegio. Si bien Mark Zuckerberg no se graduó de una universidad, él sí se graduó de un colegio.

Durante nuestras propias vidas, la red jesuita ha creado algunas apps maravillosas.

El padre José María Velázquez creó una app famosa. Él trabajó como Rector del Colegio San José en Mérida y en su biografía dice: *“Sintió un llamado de grandeza en el servicio, un anhelo de audacia y toma de riesgos.”* Así que comenzó una red de escuelas rurales sobre los llanos de Barinas; pero sus superiores jesuitas no los aprobaron, así que los reasignaron a la Universidad Católica Andrés Bello en Caracas, la UCAB. Pero él se rehusó a dejar de trabajar en su app. Él estaba convencido de que: *“Somos mensajeros de la Fe y al mismo tiempo mensajeros de la Alegría... ellos son dos poderes y dos dones de Dios que pueden transformar”* (J.M. Velázquez, Pedagogía de la Alegría)

Aquí está su app: Fe y Alegría comenzó con unos pocos colegios rurales al aire libre; hoy sirve a un millón de estudiantes en más de una docena de países.

Otro caballero que ayudó a crear un app muy exitoso fue Pedro Arrupe S.J. quien tuvo la oportunidad de asistir a personas heridas por la bomba atómica en Hiroshima. Más tarde en su vida tuvo la oportunidad de visitar a otra comunidad en sufrimiento, la de las “personas de botes” vietnamitas, y decidió que los Jesuitas

debían hacer algo proactivo para servirle a esta comunidad. Éste es su app, el Servicio jesuita a Refugiados, que hoy sirve a 600.000 personas en 50 países.

La primera cosa que podemos hacer para construir la red es tomar el consejo del Papa de no sentarnos con nuestras manos cruzadas, pero estar involucrados personalmente en algunas app al estilo jesuita en nuestras propias vidas; puede ser en una familia, parroquia o comunidad; no importa si está conectada al ministerio jesuita o no, mientras sea una app de *hombres y mujeres por los demás* que funcione en el sistema operativo del *en todo amar y servir*.

La segunda cosa que cada uno de nosotros puede hacer es tomar otro consejo del papa. En Brasil él dijo: *“Quiero que ustedes se hagan oír, quiero el ruido salga, quiero que la Iglesia salga a las calle; quiero resistir a todo lo mundano, todo lo estático, todo lo comfortable; todo lo que tenga que ver con clericalismo... Que los obispos y sacerdotes puedan perdonarles si en algunos de ustedes se genera un poco de confusión después de esto.”* Entonces, que el Padre General y los Jesuitas puedan perdonarnos si nosotros ahora comenzamos a generar un poco de ruido con el fin de catalizar mejor a la red hacia la acción.

Déjenme aproximarme a mi punto al extender mi tonta comparación: Hay cerca de 800.000 apps de Android. Cualquiera puede acceder a ellas, cualquiera puede encontrarlas; si una nueva aparece y es verdaderamente imaginativa y excelente, prontamente atraerá financiadores y capitalistas de riesgo que le ayudarán a crecer rápidamente.

Pero, ¿qué hay del app de *Hombres y Mujeres por los demás*? Tenemos algunos problemas terribles e ineficiencias: por una parte, ni siquiera conocemos nuestras propias apps. Les puedo prometer que la mayoría de miembros de universidades jesuitas no saben qué es Fe y Alegría. No hay una plataforma en la que podamos encontrar todos los apps. Así que piensen en las ineficiencias. Ahora mismo alguien en África está tratando de crear una nueva forma de retiro espiritual para

adultos jóvenes y también lo está alguien en Estados Unidos; pero ninguno de los dos sabe del otro y por lo tanto duplican sus esfuerzos constantemente. Hay alguien que quiere enseñar un seminario sobre pobreza, y hay un bello currículo sobre pobreza que alguna universidad jesuita aquí en América Latina estaría feliz de compartir, pero no hay forma de contar la necesidad con el recurso. Hay algún Jesuita en India que ha sido pionero en un programa muy efectivo en entrenamiento de líderes comunitarios, y muchos de nosotros, ex alumnos, estaríamos felices de donar dinero para que este Jesuita pueda hacer crecer proporcionalmente su programa; pero jamás escucharemos sobre el mismo.

Déjenme hacer algunas sugerencias sobre maneras en las cuales podríamos ayudar a que la red se mejore a sí misma:

- Podríamos patrocinar un día de servicio Jesuita en nuestra ciudad, ex alumnos de colegios, miembros de parroquia, graduados de Fe y Alegría; todos trabajando juntos para construir una identidad y red jesuita común en nuestra ciudad.
- Patrocinar una serie de charlas en nuestra ciudad, una vez al mes, con aquello dentro de la red jesuita como público principal.
- Crear un grupo multinacional de apoyo entre estudiantes y ex alumnos o un grupo de estudio sobre algún asunto global, como la pobreza, el hambre o el agua.
- Crear un círculo jesuita de oración internacional, para que cada hora del día alguien estuviese orando por las intenciones de la Iglesia y las intenciones de los ex alumnos jesuitas.

- Crear un sitio web de recaudación de fondos que resalte proyectos patrocinados por los Jesuitas al servicio de los pobres.
- Lanzar una competencia de planes de emprendimiento social, financiar al mejor plan, y aprovechar la experticia de los ex alumnos jesuitas para darle un espacio de entrenamiento en negocios a los mejores planes.
- Compilar un directorio de aquellos están dispuestos a ofrecer sus habilidades consultivas, en planeación de negocios, contabilidad, administración, etc., en una base pro bono, a las pequeñas empresas jesuitas que puedan necesitar de nuestra ayuda.
- Generar “avenidas” y medios para que los Jesuitas y el General de los Jesuitas nos hablen directamente, en vez de confiárselo únicamente a nuestros colegios: ¡díganos a nosotros directamente cuáles son las necesidades y prioridades de la sociedad, de pronto nosotros podemos ayudar!

Necesitamos interconectarnos entre nosotros, ¡pero los Jesuitas también necesitan interconectarse entre ellos!

Visten www.jesuitnetworking.org y añadan sus nombres a la página de FaceBook, posteen un comentario, compartan sus propias ideas, regístrense para aprender más sobre generación de redes.

¿Son éstas buenas ideas? No, estoy seguro de que la mitad de ellas son ideas terribles. Desafortunadamente, yo no sé cuáles son buenas y cuales son terribles. Por eso es que necesitamos trabajar juntos como una red.

E incluso si intentamos ideas terribles y ellas fallan, está bien. Aquí está lo que el famoso poeta irlandés Beckett decía: *“Falla otra vez. Trata de nuevo. Falla Mejor.”* O acá es como lo puso el Papa: *“Una iglesia que no sale, tarde o temprano se enferma por estar encerrada...Es también verdad que al salir a la calle se corre el riesgo de un accidente, pero francamente yo prefiero una iglesia que tenga accidentes mil veces a una iglesia que se enferma.”*

Mis hermanos y hermana. Hagamos algo de ruido. Corramos con el riesgo de accidentes. Seamos sucesores dignos de los padres Kircher, Vélaz, Arrupe, Javier y Claver. Convirtamos nuestra red en lo que se puede llegar a convertir.

¿Y qué es lo que hacen los buenos líderes para motivar aquellos que los rodean?

Esa era la segunda parte de nuestro experimento, y yo sé que la gente se ideó ideas maravillosas, como decisión, visión, honor entre otras. Pero yo me pregunto quién estaba pensando sobre esta idea, articulado por alguien con maravillosas credenciales de liderazgo. Él dijo esto: “Se debe amar a quienes lideran antes de ser un líder efectivos.”

Al líder al que acabo de citar era el general Eric k. Shineski, quien hasta hace unos pocos años era el militar de mayor rango en los Estados Unidos. Cuando por primera vez escuché esa cita, me pareció extraña; viniendo de alguien de una clase militar que típicamente asociamos con ser rudo y macho.

Pero de pronto no estaba tan fuera de lugar; porque mientras más pienso en ella, más sospecho que un general hace escogencias más sabias cuando ama a aquellos a los que debe poner en el camino del daño; y también sospecho que los soldados se desempeñan mejor cuando están convencidos de que son amados y valorados por aquellos que tienen la horrible responsabilidad de enviarlos a encarar su muerte.

Así que ¿quién es un líder... y a quiénes están liderando los líderes? Bueno, todos estamos liderando, bien o pobremente, todo el tiempo. Y nuestra manera de liderar (nuestro clamor por liderazgo) no es nuestro estatus en un colegio u organización, pero simplemente los valores que escogemos ejemplificar en nuestra vida y trabajo.

Esta idea de que todo el mundo es un líder va ciertamente en contra de nuestro estereotipo de liderazgo. No pensamos de esta manera. Pero esto no es una charada o algo que me acabo de inventar. Si buscan en el diccionario, encontrarán varias definiciones de liderazgo, pero las definiciones siempre incluirán ésta: señalar un camino, dirección, o meta e influenciar a otros hacia éste o ésta.

¿No es verdad que cada uno en esta sala está realizando esas palabras al mismo tiempo?

Ustedes están señalando un camino o una dirección a sus amigos y vecinos a través de la forma en la que tratan a sus colegas, en qué tan duro trabajan, en qué hacen con su dinero, ya sea que les importe únicamente ustedes mismos o también los demás. En todos estos casos ustedes están liderando: señalando un camino y ejerciendo influencia sobre otros. Buena o mala. Todos nosotros tenemos padres y muchos de nosotros somos padres: ¿Puede haber un acto más obvio de señalar el camino e influenciar a otros que el liderazgo que le están mostrando con sus hijos cada día? Algunos de ustedes trabajan en un colegio o facultad; su ejemplo a seguir será una de las más intensas experiencias que los jóvenes verán de cómo los seres humanos adultos deberían comportarse e interactuar en un espacio de trabajo: ustedes están apuntando un camino con la forma en que los tratan, con lo que ustedes valoran, con lo que dicen, entre otras actitudes.

Su colega jesuita, el padre (ahora Santo) Alberto Hurtado lo ponía de esta manera: "Para enseñar basta saber algo, pero para educar uno debe ser algo. La

verdadera educación consiste en entregarse uno mismo como un modelo viviente, una lección auténtica.”

Si bien todos nosotros estamos liderando, muchos de nosotros lo estamos haciendo subconscientemente. Para entender nuestro verdadero potencial de liderazgo, necesitamos volvernos más explícitos (más determinados) sobre nosotros mismos como líderes; qué tipo de líderes queremos ser y cómo proyectaremos eso en nuestras familias, lugares de trabajo y otros escenarios en los que interactuemos.